

LA NIEVE DEL ALMIRANTE: o la agonía del sujeto en la modernidad

Fernando Cruz Kronfly
Universidad del Valle, Colombia

Maqroll el Gaviero, ese entre pensador y negociante que sube por el río Xurandó hacia la enigmática Factoría, es un hombre para quien la lógica de los acontecimientos está en crisis. O, simplemente, no existe. Quizás ni siquiera ha existido jamás. La racionalidad de la historia, su sentido, tal vez signifiquen para él apenas un invento más del hombre por sentirse acompañado de algo en medio del sordo sonido del cosmos, o bajo las ramas derretidas de los árboles. Un imaginario más, del mismo linaje de las viejas religiones, según el cual el hombre haría parte imprescindible de un gran sistema que lo comprende y lo arropa con cariño bajo sus alas: la Historia. Maqroll el Gaviero, que no cree en nada de esto o que está lleno de dudas como de garrapatas, sube por los rápidos rumbo a un sitio indefinido e indefinible, supuestamente en busca de un gran negocio de maderas con el que sueña, mientras al mismo tiempo su alma se quiebra como cáscara de huevo pensando en el precario sentido de su destino, en esa relativa inutilidad de todo, en la ausencia absoluta de coherencia. Y aunque lo alumbra la lejana imagen de su Flor Estévez, sin embargo la vida –la suya– no es más que un ropón hecho de extraños retazos cuyo significado es confuso o nunca existió. Superposición de instantes, tangencias, azares, y en el fondo la espantosa certeza de haberlo equivocado todo, de haber vivido un papel errado, el papel que no era.

Todo en esta novela está, como sucede con las mariposas de terciopelo en las noches al descampado de las tierras bajas, atrapado en redondo de esa luz mortecina: la Historia no existe como se la supone, o si existe es apenas un raro invento desprendido de la necesidad de hallar un sentido, cualquiera que él sea, a la larga y confusa sucesión de acontecimientos casuales e incoherentes, que es en lo que consiste la vida.

La asombrosa modernidad de Álvaro Mutis está precisamente allí, en el modo como el Gaviero asume su vida y sus enigmas. Sobre todo, el enigma del sentido de su existencia y de los acontecimientos que la conforman. Una modernidad que no sólo rompe con todo perfume sacro y solemne en los motivos del mundo, y que se instala radicalmente en lo secular, como debe ser, sino que avanza mucho más allá y hasta sus últimas consecuencias respecto de uno de los grandes derivados actuales de las religiones derrotadas: el Gran Sentido de la Historia. Que conste: no se trata de la historia, sino del producto resultante de su sacralización desde el siglo XVIII hasta nuestros días, pasando, por supuesto, por el siglo XIX.

En efecto: si algo novedoso significó la modernidad clásica a partir del Renacimiento, fue precisamente la construcción progresiva de un universo espiritual secular laico. En este universo —no debe olvidarse—, el individuo con sus propias potencias y debilidades se debía hacer a sí mismo. Pero quedaba pendiente de resolver la cuestión de su ‘sentido’ en el mundo. El Gran Cielo se había roto, es cierto, y Galileo matematizaba su espacio. Sin embargo, lo sustancial de la idea del Gran Dios barbado, padre protector y vigilante de nuestras pobres vidas quedaba intacto. Ya ese Gran Dios, es cierto también, no se inmiscuía en la política —Maquiavelo—, ni en ciertas regiones de la naturaleza física —se hizo posible la diáspora de las ciencias, las artes y las disciplinas diferenciadas—, pero el viejo se iba a vivir intacto en sus cuarteles de invierno, de modo que pudiese seguir cumpliendo con sus funciones nunca discutidas de padre protector y, sobre todo, de fuente inagotable de un supuesto orden tanto como de un sentido superior en el universo exterior e interior. En suma,

un noble motivo que hiciese sentir al hombre una cosa útil en este mundo, cargada de razones nobles y superiores, respetable, comprendida en un plan superior.

Quizás no suene entonces a atrevimiento decir que el Gran Plan de la Historia, así como suena, sacralizado de nuevo mediante los correspondientes eufemismos lingüísticos laicos, es lo que de alguna manera en la modernidad de los siglos XVIII y XIX, e incluso en el XX, aportó al deseo milenario de tener un sentido en el mundo. Como siempre sucede, el deseo vuelve y juega, poniendo a la razón secularizada a su servicio. El Gran Dios, que según Nietzsche había muerto, no sólo había sido nuestro padre en cuyas manos estuvo nuestro destino a lo largo de tantos siglos –no había individuo ni sujeto entonces en el sentido moderno del término sino predestinación–, sino también alguien interesado por nuestra suerte. Pero, sobre todo, el autor y la fuente suprema de todo sentido. Ese Gran Dios daba razón de ser a nuestra vida y hasta al más insignificante de los acontecimientos. Sacarlo de juego, como pretendía la modernidad, no sólo era expulsarlo de los territorios de la política, lo social, la filosofía, las artes, sino correr el riesgo de quedarse sin el Rey del sentido. Y eso era como arrojar paladas de basura en el centro del orgulloso corazón humano.

Es innegable que la ilusión autárquica del sujeto es una ilusión muy antigua. Tal vez fue Spinoza quien dijo que la libertad es ilusión de que somos víctimas cuando ignoramos aquello que determina nuestros actos. Y no le faltaba cierta razón. Sin embargo, la verdad no está en lo contrario sino en el drama que resulta de la contradicción. No se trata de caer aquí en la tentación de un sujeto autónomo, indeterminado por nada, ajeno a las leyes naturales o sociales que por supuesto existen y actúan. De lo que se trata es de abrir bien los ojos delante de los intentos encaminados a eliminar de nuevo al individuo –ese portentoso monstruo inventado por la modernidad–, a mano de concepciones que sacralizan de nuevo al Estado y a la Historia para evitar que caigamos en el vértigo de la quiebra

de un motivo superior y noble –léase trascendental– de vivir. De lo que se trata es de estar avisados delante de los poderosos sustitutos de las religiones de siempre: aquellos que no son sino el resultado del explicable afán –deseo– de sentirnos de nuevo acompañados en esta vida por algo que nos obsequie tan solo un puñado de sentido. Quizás por eso, al hombre moderno, salvo algunas excepciones iluminadas, le ha resultado tan difícil llevar hasta sus últimas consecuencias el camino de la duda abierto por la modernidad clásica, respecto a la existencia o no de ese sentido de vivir, que es en lo que parece debatirse. El Gaviero, aún en contra de las neosacralizaciones modernas en las que el lloriqueo judeocristiano resultó de alguna manera enjugado y consolado por los conceptos decimonónicos del Estado, la Historia, el Progreso. Explicable que así hubiera sucedido, por todo lo tanto que de utopía bien intencionada y de mesianismo consolador hay en todo ello.

Lo que está en cuestión en la obra de Mutis no es entonces simplemente el espacio y el tiempo, sino su sentido. Los lugares por donde el Gaviero ha peregrinado en su vida parecen más el resultado de la casualidad y el acaso, que el producto de una lógica necesaria. Lugares visitados por causa del deseo o la locura voluntaria, a veces meramente intuitiva, pero que de todas maneras resultan ser muy diferentes de los inicialmente imaginados. Por eso el Gaviero arrastra siempre consigo la sensación de haber vivido una vida equivocada. La cuestión no es, pues, que el texto carezca de un desarrollo en el espacio. Por el contrario la novela construye y menciona espacios concretos, sitios por donde el Gaviero avanza –¿retrocede?– o ha estado algún día, o sueña visitar. Cosa similar sucede con otros lugares visitados por los restantes visitantes, o de donde son originarios en confusos cruces raciales o de lenguas. El asunto entonces no es en realidad con el espacio sino con la lógica y el precario sentido que lo gobiernan: ese absurdo fascinante que determina o indetermina los desplazamientos trashumantes, hasta el punto de poner en crisis el sentido de una existencia. Lo mismo podría decirse del tiempo. Es más: *La Nieve del Almirante* es un diario de viaje. Los días allí están contabilizados,

uno a uno, de modo que con su transcurso se pueden ir desgranando los acontecimientos que dan una dimensión clara del tiempo. Hay, pues, referencias temporales nítidas, para consuelo de quienes buscan esta clase de claves. Un día sucede a otro día, hasta irse formando la red del tiempo. Sin embargo, se trata de un tiempo atacado sin misericordia por su lado más débil: su sentido. Porque, ¿qué sentido tienen en realidad para el Gaviero esos días que va quemando por el río, como papel de seda, en busca de unos aserraderos –la Factoría– cuyo significado es igualmente confuso? Hasta el punto de que, en definitiva, ese tiempo de viaje resulta perdido, equivocado, invertido en una insensatez más, en un error adicional al cúmulo de todos los errores precedentes.

La modernidad, que arrojó sobre las arenas la idea de un hombre convertido en autor supremo de su propio destino, no llega sino en muy raros casos –¿Diderot entre ellos?– hasta sus últimas consecuencias. Una de ellas es la idea de un hombre que, además de asumir su propio destino, sabe perfectamente que avanza sólo por el mundo y que quema sus días sin que exista una razón muy clara para ello y sin embargo sigue adelante con una cierta alegría y grandes momentos de duda. Si el Gran Dios murió –como lo anunció Nietzsche–, debía ser para que se levantara en cambio el Superhombre: ese monstruo solitario y medio ciego que da palos en medio de cierto absurdo, absolutamente ignorado –¿y qué?– por el cosmos en su drama personal, tanto como por las Grandes Leyes que pasan de largo y en nada se interesan por su cotidiano, que es lo único que tiene de verdad. Delante de esas Grandes Leyes, el individuo que la modernidad arrojó sobre sus playas debe entonces intentar construir su diminuta y personal aventura: una mujer en el camino –¿por qué extraña razón siempre la maldita idea de la vida como un camino que conduce a algún sitio?–, los prosaicos alimentos que nos hacen sentir tan mal cuando nos ven cargando con ellos en la calle, en fin, las pequeñas razones biológicas, afectivas, y sociales familiares. Sólo eso otorga algún precario sentido al pobre hombre de hoy que se decide de verdad a ser laico cueste lo que cueste, aunque a condición

de que a pesar de todo siempre queda pendiente la duda de si ese precario sentido de las cosas cotidianas, despojadas de lo trascendental, en realidad vale la pena y es suficiente para seguir adelante. Pues, ¿cuándo tendremos el valor de asumir con todas sus consecuencias una visión secular de nuestras vidas? Esa conciencia de la precariedad del sentido, que debemos ir corrigiendo a diario, sobre la marcha, a medida que el azar distorsiona y erosiona su lastimosa lógica, lucha sin duda contra el deseo de que exista por el contrario un Gran Sentido que todo lo ilumine, donde hasta el más pequeño detalle haga parte del conjunto. Pues fue así, en la línea de ese deseo, como suponemos la idea de la Historia, el Estado y el Progreso, durante los siglos XVIII y XIX y aún en nuestros días, no hizo más que, en lo que a este aspecto corresponde, prolongar el alcance de las viejas religiones, utilizando envolturas seculares aunque manteniendo intacta la almendra sacra. Sin dejar por ello de reconocer, como es debido, los grandes aportes que también hicieron respecto del análisis social y político, desde sus particulares puntos de vista.

Sostenemos entonces que el Gaviero, de Mutis, va mucho más allá de la concepción decimonónica e incluso actual de la Historia. Para él, la historia no es más que “un magma informe y ciego que avanza sin propósito ni cauce determinados”¹. En medio de ese magma, que carece de propósitos y de cauce, la vida humana –nuestra vida– pierde sentido, no obstante lo cual es preciso vivirla. Ese es el lado agónico del pensamiento y del arte de Álvaro Mutis: una especie de inutilidad de fondo que todo lo contamina, de ausencia de sentido, de soledad absoluta del hombre en medio del Gran Magma, que ni se preocupa ni se modifica en sus ciegos rumbos por causa del destino humano. Lo que queda entonces a cambio, en todo su esplendor, es el hombre inmensamente secular y laico de la verdad, ese que decide vivir a pesar de que las razones *mayores* (sobrenaturales, políticas o históricas) no existan simplemente o no estén nada claras.

¹ Mutis, Álvaro. *La Nieve del Almirante*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 72.

Durante su viaje por el Xurandó –que tanto recuerda el de Conrad en su *Corazón en las Tinieblas*–, el Gaviero despierta cierto día con una sombra colgando encima de sus ojos. Es el cuerpo del Capitán, que pende ahorcado en el soporte horizontal del planchón. Ha decidido colgarse después de un breve periodo de sobriedad alcohólica. Como lo dice Mutis, dejar de beber, para el Capitán, era una inequívoca señal de que algo se había detenido dentro de él. ¿Qué? Esa es una cosa que no se sabe, pero que de ninguna manera era su corazón. Más bien era algo que tenía relación con el sentido de sus días aburridos y reiterados. La suerte última del Capitán, empujada y sostenida por el alcohol como lo hace el soplo del pecho con el sonido de una trompeta, se había venido cumpliendo a lo largo de infinidad de viajes. Beber y soplar. Pero de repente aquella conversación que casualmente tuvo un día con el Gaviero le había hecho detener algo por dentro. El viejo tic-tac que empujaba la masa de carne hacia el futuro –¿por el camino?– se acababa de llenar de incertidumbre, y el ‘kapi’ se quedó entonces sin nada entre sus manos que le pudiese otorgar sentido a sus días. Ni un dios, que la modernidad ya había puesto en fuga, ni siquiera una idea de historia, ni de progreso en el sentido decimonónico e incluso actual lo podían acompañar. Estaba absolutamente solo y decidió marcharse, quizá porque ahora asumía de manera radical que nada de todo aquello tenía sentido. Pero el Gaviero debe seguir adelante, con su pensamiento puesto en los aserraderos y en los negocios con que sueña, todo lo cual le confiere todavía algún sentido a sus días. Ha estado pensando en establecer un fabuloso negocio de venta de maderas, pero esa idea también se ha estado desdibujando a medida que pasan los días, lo va abandonando a la deriva bajo la sospecha de que se trata de un error más, de una equivocación más en su descarriada vida. Sospecha que, por supuesto, se confirma plenamente cuando por fin logra llegar hasta las instalaciones madereras, que ahora sólo son un puesto militar cubierto por brillantes estructuras de cristal, donde suceden cosas difíciles de descifrar. Sin embargo, su pensamiento se desplaza secularmente y vuelve a agarrarse de otro

soporte material: Flor Estévez. La buscará a ella, que aún debe estarlo aguardando en su tienda “La Nieve del Almirante”, allá entre helechos y las nieblas. Y emprende entonces un nuevo viaje de consolación rumbo a la cordillera. Pero ocurre que al llegar sólo encuentra allí una construcción en ruinas de lo que fue todo, que se está terminando de derretir en medio de la humedad del páramo. Maqroll ha sido derrotado de nuevo y sus días vuelven a perder sentido. “La Nieve del Almirante” ya casi ni existe y Flor Estévez ya no está allí. Y esas serán nuevas ausencias a las que tendrá que irse acostumbrando. Vuelve a trepar al camión, sin saber muy bien para qué ni con qué rumbo, y empieza a descender hacia lugares donde se supone que no faltarán pequeños motivos para continuar empujando la pesada masa de carne hacia delante —¿o hacia dónde realmente?—. Pero, bueno, siempre habrá por ahí algún motivo. Aunque, para ser sinceros, siempre quede la duda de si ese precario motivo en realidad vale la pena.

Es ahí, precisamente, donde se pone en evidencia la escalofriante modernidad narrativa de Álvaro Mutis. Ni el cielo, ni mucho menos la Historia, acompañan ya nunca más al Gaviero. Lo que significa que el hombre avanza desposeído de sentido —¿avanza?—, profundamente sólo respecto de las *Grandes Compañías* que el deseo instala. Su vida ya no se define sino apenas por esas pequeñas razones que le otorgan una nueva dimensión. Como sucede en los personajes de ese extraordinario narrador norteamericano de nuestros días, Raymond Carver, que van por el mundo como pegados de nada, frágiles y a punto de quebrarse como un merengue, siempre como colgando de un hilo, pero que sin embargo logran mantenerse en pie mientras se derriten del todo, esperando que los días terminen de pasar, entretenidos en fritarse un par de huevos, tomarse unas copas, recostarse con una chica por ahí, regalándose golpes en la nuca de vez en cuando, o quedarse mirando el chorro de orines y la espuma que se forma en el fondo de la taza. Pequeños documentos del ser, diminutas ilusiones diarias que el hombre moderno —¿postmoderno?— debe tener para ser capaz de vivir, cuando definitivamente ha roto con los motivos mayores y trascenden-

tales. Porque es duro, muy duro asumir la modernidad en todas sus consecuencias, sobre todo cuando esa modernidad significa, como nunca antes, la pérdida de los Grandes y Prestigiosos motivos.

El Gaviero avanza entonces a través de los días y los lugares poblados de hablas que lo visitan casi desde todos los sitios del mundo, pero está sólo y encuentra que cuanto hace no tiene sentido. Y aquí el pensamiento de Mutis tampoco es lineal, ni monofónico. Podríamos decir que, por el contrario, ese pensamiento se debate luminosamente en la contradicción. A veces hay elementos para pensar que el Gaviero vive culposamente su vida equivocada, como si se tratara de un cúmulo de errores y de azares. En varias ocasiones confiesa que ha vivido la vida que no le correspondía o que siente estar jugando el juego que no es². Y no es muy claro por qué le ha sucedido todo eso. Quizá el motivo principal derive del azar y la casualidad. Entonces el círculo se cierra. Y lo que vuelve a ponerse en evidencia es la crisis total del concepto de Historia, por lo menos si se trata de pensar, en cada caso, la vida de un hombre. La Historia entendida como racionalidad superior y autosuficiente, autónoma, una Gran Ley de cada vida particular tiene su sitio y su razón de ser como un papel asignado o, como ahora suele decirse, un 'rol'. De manera que la culpa del Gaviero se refiere más bien a esa otra vida 'ideal' que todos llevamos por dentro como aquello que pudo haber sido y no fue. Es una culpa personal, moderna, en el sentido de que uno mismo es el Tribunal y el Reo. El drama consiste en que el Gaviero parece no resignarse definitivamente a la pérdida de los *Grandes Motivos*, que se supone deben gobernar la vida de los hombres. Y así está perfecto, pues resulta evidente que por más que se asuma la modernidad en términos laicos ya planteados, queda aún pendiente de resolver el deseo de que nuestra existencia esté gobernada por motivos superiores. Se asume la pérdida, con todo su desgarramiento, pero no se puede ocultar que se trata de todas maneras de la pérdida de ilusiones que acompañaron al hombre durante más de veinte

² *Ibid.*, pp. 27, 85, 92.

siglos. La quiebra de una persistente ilusión: estar acompañado en el mundo por la presencia de un motivo superior, de un sentido noble y solemne en el cual nuestras vidas se inscriban. La modernidad de Mutis se sitúa allí, en el centro inmenso de ese drama, que deja planteado. Sin resolverlo, por supuesto, sencillamente porque se trata de un drama moderno –¿postmoderno?– que no tiene solución y que forma parte consustancial del alma de nuestro tiempo.

Sólo así se entiende la frase escrita por el Gaviero, algún día en las paredes de “La Nieve del Almirante”, camino del orinadero: “soy el desordenado hacedor de las más escondidas rutas, de los más secretos atracaderos. De su inutilidad y de su ignota ubicación se nutren mis días”.

Valles del Abendland, Vientoazul, 2013.